
PROBLEMAS METODOLOGICOS Y TECNICOS DE INVESTIGACION EN LA SOCIOLOGIA POLITICA

Manuel García Ferrando

Las controversias más recientes que se han producido en el campo de las ciencias sociales acerca de la naturaleza de la investigación social, han afectado de manera especial a la ciencia política, la más vieja y a la vez la más nueva de las ciencias sociales. Pasado el período de encantamiento metodológico que supuso lo que se ha dado en llamar la revolución behaviorista en la ciencia política, son muchos los estudiosos de la política que propugnan una vuelta a la función normativa clásica de la teoría política, retorno que viene acompañado de un renovado interés por las perspectivas tradicionales de la filosofía política (Miller, 1972, 816). No se puede decir, sin embargo, que este interés por los elementos normativos y valorativos de la política sea algo reciente, ya que, de forma más o menos latente, ha estado siempre presente en el panorama intelectual de la ciencia política. Así, por ejemplo, Murillo, en un trabajo publicado hace ya más de dos décadas, insiste en la necesidad de devolver a la ciencia política a su quicio propio de ciencia normativa, «incardinada en un sistema cósmico de normas para orientar la realización de específicas operaciones humanas» (Murillo, 1954, 114).

Ahora bien, esta vuelta a la filosofía política no puede significar hacer tabla rasa del movimiento behaviorista que durante los años 50 y 60 ha dominado claramente la línea principal de investigación en la ciencia política. Precisamente uno de los problemas más importantes y acuciantes con los que

se enfrenta hoy la ciencia política, es el de integrar el acervo de técnicas de investigación que ha perfeccionado el behaviorismo, lo que ha significado, tal como ha señalado Cardoso (1971, 44), un incremento de las posibilidades de comunicación entre el nivel teórico y la investigación empírica, en el marco axiológico de las filosofías políticas tradicionales, cuyo fin es el conocimiento del orden político justo o bueno.

La discusión de algunos de los fundamentos epistemológicos y metodológicos desde donde parten los críticos de la corriente positiva en la ciencia política, constituye el objeto de estudio de la primera parte de este trabajo. En la segunda y última parte, se pasa revista de forma sumaria a las técnicas de investigación social en su relación con las actuales tendencias principales de trabajo en el campo de la política. De esta manera, se pretende cubrir el panorama de los problemas metodológicos y técnicos, que de una forma más destacada inciden en el estudio científico-social actual de los fenómenos políticos.

Las diversas concepciones de la Sociología Política y la investigación empírica

Una enumeración de todas las definiciones que se han dado de la ciencia política y de la sociología política, podría producir la impresión, tal como se ha señalado más de una vez, de que nos hallamos en presencia de la torre de Babel, aunque con un poco de detenimiento no resulta difícil advertir que la polémica científica entablada al respecto enfrenta, por una parte, a los partidarios de la ciencia política como el estudio del Estado y, por otra parte, a los que la consideran como la ciencia del poder (Meynaud, 1959, 70; Duverger, 1972, 22). Por lo que se refiere a los términos ciencia política y sociología política, ambos términos se utilizan casi indistintamente, lo cual podría ser una consecuencia de la poca precisión con que se utilizan ambos. Por ello quizá no sea necesario apresurarse, tal como sugiere Madeleine Grawitz (1975, 234), a zanjar la disputa, toda vez que son muchos los problemas que hay que resolver para lograr una adecuada conceptualización de los fenómenos políticos. La postura que aparece actualmente como dominante es la de considerar la sociología política como el estudio del ejercicio del poder en cualquiera situación social (Dowse y Hughes, 1975, 22), considerando el poder del Estado como una de las manifestaciones del poder en los grupos humanos (Duverger, op. cit., 23). En cualquier caso, la consideración hecha por Nicolás Ramiro acerca de la situación del saber político en la Universidad española comparándolo a un «vertebrado gaseoso», debido a su situación ambigua y plural (Ramiro Rico, 1974, 180), podría hacerse extensible a más de una universidad foránea.

A la vista de los desarrollos más recientes de la sociología política y de la ciencia política, se puede afirmar que los sociólogos políticos han tendido

a prestar más atención que los científicos políticos a la estructura social o contexto societal de los fenómenos políticos, destacando el carácter interactuante de las diversas partes de la sociedad —en donde la dimensión política es sólo una de ellas—, y a adoptar una postura más analítica (Efrat, 1973, 7). Y ello en la medida en que la sociología política se haya realizado como tal, esto es, como punto de intersección de las perspectivas sociológicas y politológicas, y no, como ha sido el caso más frecuente, cuando la sociología política encubría tan sólo una sociología de la política, ignorante de la ciencia política (Sartori, 1969, 69).

Tales diferencias entre sociología política y ciencia política se desdibujan, sin embargo, cuando se desciende al nivel de la investigación empírica. Ambas disciplinas, como se ha dicho repetidas veces, no tienen métodos ni técnicas propios, utilizando indistintamente los que le brindan las ciencias sociales, según las necesidades del objeto de estudio. Así, el método histórico, el análisis de contenido para el estudio de documentos, las técnicas jurídicas para las constituciones y textos administrativos, el análisis comparativo y, sobre todo en las dos o tres últimas décadas, las técnicas de encuesta y los «tests» proyectivos tomados del campo de la psicología social, son herramientas de trabajo que utilizan comúnmente sociólogos y científicos políticos cuando se enfrentan con problemas de investigación concretos acerca de los fenómenos políticos. Dentro de la variedad de metodologías y de técnicas de investigación que se utilizan en el estudio de los fenómenos políticos, aparece hoy dominante sin duda la línea cuantitativa, lo que, según muchos autores, ha provocado una trivialización de muchas de las investigaciones realizadas y una confusión evidente que está conduciendo a su vez a un rápido empobrecimiento conceptual en el estudio de la política (Miller, 1972; Sartori, 1970; Spiro, 1971). Para estos autores, tal situación es consecuencia del predominio del behaviorismo entre los sociólogos y científicos políticos, lo que ha conllevado una despreocupación por los problemas realmente metodológicos, esto es, por la estructura y procedimientos lógicos de la empresa científica, y una excesiva preocupación por los problemas técnico-estadísticos. De este modo se han logrado, evidentemente, muchos «resultados», todo lo más en forma de generalizaciones empíricas, pero sin que se haya producido un avance correspondiente en la precisión y alcance de los conceptos.

Ante este estado de cosas, algunos autores propugnan la solución de adoptar una síntesis suficientemente ecléctica. No se trataría, pues, de enfrentar por una parte al modelo «científico», «natural» o «positivista» con el modelo «histórico-interpretativo» de otra, como de lograr la interconexión y colaboración recíproca de ambos (Donald Moon, 1975; Ferrando Badía, 1973). A partir del reconocimiento del carácter poco desarrollado de los métodos en el estudio de los fenómenos políticos, se trataría de integrar eclécticamente, de acuerdo con las posibilidades y necesidades de cada in-

investigación, los diversos enfoques existentes. «La ciencia política —escribe un autor—, por la naturaleza de su objeto, exige muchos métodos para su investigación... Cada método y enfoque tiene su uso y valor» (Ferrando Badiá, 1973, 23-24).

El problema consiste, a mi modo de ver, en que tales posturas eclécticas pueden conducir fácilmente a una perpetuación de la confusión existente actualmente entre las consideraciones estrictamente metodológicas y aquellas otras que son solamente de técnicas de investigación y, sobre todo, a un tratamiento insuficiente de los problemas epistemológicos que plantea a la investigación política los nuevos avances en el campo de la filosofía de la ciencia. Porque el problema de la integración de la filosofía política en la corriente positivista, no es una mera cuestión de superposición ecléctica de diversos enfoques teóricos y metodológicos, sino un replanteamiento de la propia «identidad científica» de la investigación social de los fenómenos políticos. Las críticas más recientes que se han dirigido a la corriente behaviorista en la ciencia política, bien sea desde las posiciones de la nueva filosofía analítica de la ciencia (Gunnell, 1975), desde el marxismo (Habermas, 1973; Cardoso, 1971; Sprinzak, 1975) o desde posturas más independientes (Sartori, 1970; Miller, 1972), se dirigen precisamente a las bases epistemológicas y metodológicas de la lógica del positivismo-empiricismo, y replantean la necesidad de superar algunos de los presupuestos básicos en que se apoya ésta.

*Los problemas del método en la investigación política:
desde el pensamiento clásico a los análisis contemporáneos*

El estudio de los fenómenos políticos ha tenido que hacer frente probablemente a mayores problemas para delimitar en términos analíticos su alcance y contenido que el resto de las ciencias sociales. Tal como ha señalado Almond, «la teoría política clásica es más una sociología y psicología política y una teoría política normativa, que una teoría del proceso político... Las clasificaciones platónicas, aristotélicas y romanas de la última época de los tipos de sistemas políticos, son mucho más explícitas en las consecuencias de las variedades de estratificación social y su representación en los sistemas políticos... que lo son en relación a las variedades de procesos de toma de decisiones políticas. Las bases para la clasificación política son más bien sociológicas que políticas» (Almond, 1967, 5).

En la medida que fueron desarrollándose las diversas ciencias sociales, éstas se fueron ocupando de temas que habían sido tratados como parte de un todo por Aristóteles, Platón, Santo Tomás, Locke, Hobbes, Hegel, Montesquieu y tantos otros que «preocupados por la buena sociedad, por la conducta moral, dirigieron su atención a las formas en que los hombres actúan conjuntamente, y por tanto, políticamente» (Lipset, 1969, ix). Tales ciencias

sociales, al separarse de la filosofía, desarrollaron métodos con los que contrastar y verificar proposiciones analíticas específicas, y de esta manera fueron delimitando su campo de interés.

La investigación política, por el contrario, siguió preocupada por todos los aspectos de la conducta humana, y desde esta perspectiva global cabe afirmar que continuó la tradición de los antiguos filósofos. Pero esta preocupación por el conjunto de los fenómenos políticos se hizo ya, a partir de Hobbes, sobre bases especulativas y no sobre bases prácticas. Es decir, se relegó a segundo plano el aspecto de la realización práctica del saber político y pasó a primer plano el puro conocimiento sobre los fenómenos políticos. Los aspectos normativos y axiológicos de la filosofía política clásica se dejan de lado, y se produce en el seno de la ciencia política «un abismo infranqueable entre teoría y práctica, entre pensamiento y acción» (Murillo, *op. cit.*, 103), abismo que sigue existiendo en nuestros días.

De las tres grandes líneas de pensamiento que inspiraron la formación de la política como disciplina científica, esto es, la marxista, aquella otra que arranca en Montesquieu y es codificada por Durkheim, y la historicista tal como la desarrolla Weber, sólo la primera ofrece una solución internamente coherente al problema de la dicotomía teoría-práctica, mientras que las dos últimas ofrecen desarrollos teóricos y metodológicos que apuntan hacia una clara disociación entre ambas dimensiones.

Dentro de la línea más estrictamente positivista y tal como ha señalado Henrique Cardoso (1971, 4-6), la distancia existente entre *De l'esprit des lois* y las *Règles de la méthode sociologique*, representa más bien una continuidad que una ruptura. A partir de la concepción de un orden político que varía según cada tipo de gobierno el científico deberá reconocer la relación necesaria y estructural entre las instituciones políticas, las formas de gobierno y sus principios orientadores. A través de estrictas «reglas de observación» (Durkheim, 1972, e. o. 1895), el científico puede traspasar la opacidad y resistencia de los fenómenos sociopolíticos, y detectar el funcionamiento de los «hechos sociales». El paradigma positivista que se origina con Durkheim desvía la atención del científico político desde la propia acción política, con sus contingencias y cargas valorativas, al estudio *ex post* de las relaciones establecidas y de los resultados de una determinada práctica política.

El historicismo alemán pretende oponerse a este «cientifismo» positivista. Weber, dentro de la tradición del historicismo alemán, propone un nuevo procedimiento metodológico, que sin dejar de ser objetivo tenga en cuenta las premisas de valor. Aunque Weber rechazó tanto el «intuicionismo» como el «cientifismo», tomó diversos elementos de ambos, manteniendo al mismo tiempo el irreductible pluralismo de los valores. Reconoce que el científico parte de un sistema valorativo determinado que se refleja, sobre todo, en la elección del tema de estudio. Pero a partir de esta elección personal y subjetiva, el conocimiento científico es posible, como lo es también la construcción

de conceptos como «módulos racionales», y el establecimiento de relaciones causales dentro de un marco histórico determinado (Weber, 1973, e. o. 1922; Giddens, 1976). Dentro del paradigma metodológico weberiano, se traza, pues, una distinción tajante entre la ciencia, considerada como actividad disciplinada y pasiva, y la política, entendida como vocación activa y práctica. La dicotomía teoría-práctica se mantiene en Weber al igual que en la práctica de las ciencias sociales al modo positivista.

Marx también puede ser considerado como un científico positivista en tanto que defiende el estudio científico de la realidad social a través de la observación y del estudio «de los procesos de la vida real» (Marx y Engels, 1972, e. o. 1932, redactada en 1848). Pero destacar tan sólo este aspecto del método marxiano es desvirtuar completamente su sentido, ya que tal como ha mostrado recientemente Sprinzak (1975, 402), el estudio científico de la realidad socio-histórica que realiza Marx, viene precedido por unas consideraciones iniciales acerca del estudio de la sociedad, y que son las referentes al materialismo histórico, y viene seguido por la presentación filosófica del tema en estudio, y que se basa en la dialéctica.

A partir de la consideración de estos tres planos o componentes del método marxiano, cobra sentido el «positivismo» de Marx (Bottomore, 1976), y se ofrece una solución al problema de la dicotomía teoría-práctica. Marx retiene en su método dos funciones vitales de la filosofía: la formación de las premisas de la «ciencia» y su evaluación e interpretación social (Sprinzak, *op. cit.*). A través de esta fusión de la «ciencia» y de la filosofía, Marx pretendió superar tanto el empirismo abstracto como el idealismo especulativo, asignándole independencia analítica al método de la ciencia, distinguiéndolo de sus premisas y de sus conclusiones filosóficas, aunque bien es verdad que, desde la óptica marxista, las leyes del movimiento de la historia sólo se hacen visibles a partir de la consideración conjunta de las tres dimensiones.

Buena parte de la tradición marxista posterior no ha sabido distinguir suficientemente, a mi modo de entender, entre estas tres dimensiones, lo que ha conducido bien a lo que según algunos autores son posiciones excesivamente antipositivistas y filosóficas, como podría ser el caso de Adorno y otros componentes de la escuela de Frankfurt (Adorno et al., 1973), o a posiciones rígidamente dogmáticas. En este sentido, conviene destacar lo que nos recuerda Bobbio en «Democracia representativa y teoría marxista del Estado» (1977), y es que ya no hay un marxismo sino muchos marxismos muy enemistados entre sí y a menudo animados unos contra otros de un verdadero «furor teológico». Las consecuencias metodológicas de este enfrentamiento no pueden ser otras que la existencia de diversos «métodos» marxistas, que entienden de forma diferente la relación teoría-praxis.

Aunque reflejando en mayor o menor grado estas tres tradiciones clásicas, la ciencia política comenzó a incorporar en sus enfoques analíticos las perspectivas behavioristas que, a partir de la segunda década del presente

siglo, comienzan a dominar el panorama de las ciencias sociales, sobre todo en el contexto americano. La sociología política, en sus esfuerzos por aplicar los diversos conceptos y métodos de la sociología al estudio de la conducta e instituciones políticas, se orientó claramente en la dirección cuantitativista.

La influencia del sociopsicólogo vienés Paul K. Lazarsfeld, emigrado junto con tantos otros intelectuales europeos que huían del avance nazi (Fleming y Baylin, 1969) a los Estados Unidos, se hizo pronto sentir en la orientación que había de seguir la sociología política a partir de la década de los 40. Al introducir las técnicas de opinión en el estudio del voto (Lazarsfeld, Bedelson y Gaudet, 1944; Berelson, Lazarsfeld y McPhee, 1954), Lazarsfeld y sus colaboradores de la escuela de Columbia contribuyeron enormemente a que el análisis de los fenómenos políticos fuese más cuantitativo y behaviorista, en el sentido de convertirlo en más psicológico.

La investigación realizada por Adorno y colaboradores sobre *La Personalidad Autoritaria* (1950), aunque desde una perspectiva diferente a la lazarsfeldiana, también utilizó la teoría psicoanalítica y los métodos psicológicos en la comprensión del poder de persuasión de formas políticas extremistas.

Si del nivel de las realizaciones empíricas pasamos a considerar el punto de vista teórico, hay que destacar que la perspectiva «sistémica» que introduce Parsons en su obra «*The Structure of Social Action*» (1937) se hace dominante en el pensamiento político en pocos años. Aunque en esta obra Parsons pretende buscar ciertas constantes en el pensamiento clásico (excluyendo a Marx), y trata de construir una ciencia social en torno a las ideas de «acción-relación-sistema», para lo que se apoya básicamente en su particular lectura de Weber, en «*The Social System*» (1951) propone un esquema en el que relaciona personalidad-status-cultura. La articulación del sistema parsoniano se realiza a través de la construcción de conceptos no orientados históricamente, y que funcionan de hecho como antinomias lógicas: universalismo vs particularismo; especificidad vs difusividad; adscripción vs adquisición, etc. Pero más que una teoría social, lo que Parsons propone es en realidad una «taxonomía sociológica» o esquema que permite ordenar cualquier fenómeno al que presten atención los sociólogos (Zetterberg, 1968).

Bajo la influencia del esquema parsoniano y al mismo tiempo con la presión creciente de la investigación empírica, se desarrolla la actual sociología política. Siguiendo el modelo de las ciencias naturales, la investigación de los fenómenos políticos se aleja cada vez más de los modelos determinísticos en los que se ha apoyado la teoría política clásica —desde Platón y Maquiavelo a Marx y Pareto—, sustituyendo el concepto de causalidad por el de probabilidad, y la búsqueda de unas pocas variables causales básicas se ve reemplazada por las técnicas estándar del análisis multivariable. De esta manera, la mayor parte de los esfuerzos investigadores se dirigen al estudio de variables cuantitativamente mensurables, con los que reunir los inputs necesa-

rios para operar los cada vez más sofisticados modelos probabilísticos en uso. Karl W. Deutsch, en un trabajo publicado en 1966 y en el que pasa revista a las tendencias más recientes en los métodos de investigación en la ciencia política, resume así las características principales de la investigación política en los últimos cinco años, es decir, en la primera mitad de la década de los 60: «Se ha producido, escribe Deutsch, un incremento en la amplitud, diversidad y efectividad de los métodos empíricos de investigación; un incremento en la cantidad, variedad y precisión de los datos cuantitativos, y un incremento en la amplitud, versatilidad y poder de los métodos estadísticos y matemáticos disponibles para la interpretación y análisis de los datos. Todos estos recursos se han visto consolidados por la mayor disponibilidad de equipamiento electrónico de cálculo y de equipamiento tipo IBM para las tabulaciones» (Deutsch, 1966, 109).

Aparte de la evidente confusión que en este autocomplaciente texto se produce entre los términos métodos y técnicas de investigación, cabría preguntarse ahora, ya a finales de la década de los 70, por los resultados de la nueva orientación seguida por la ciencia política cuantitativista y behaviorista. La observación realizada por Sánchez Agesta al respecto creo que resume finamente el estado de ánimo intelectual de muchos científicos y sociólogos de la cosa política en la actualidad. «Los esfuerzos cuantificadores de la sociedad política americana, escribe Sánchez Agesta, aunque han introducido mayor rigor en la apreciación de los supuestos de hecho, sigue produciendo resultados cuya probabilidad es tan incierta como en los análisis de Maquiavelo. La razón de ello es que las ciencias políticas tienen por objeto una realidad histórica sujeta a innovación y transformación, que hace inseguras las predicciones, obliga a revisar y actualizar las descripciones y deja siempre descubiertos flancos de contingencia para las valoraciones» (Sánchez Agesta, 1969, 4-5).

La evidente limitación que representa la ahistoricidad de la línea cuantificadora de la ciencia política, se reconoce igualmente en los supuestos filosóficos de la ciencia en que se fundamenta. En los esfuerzos de los behavioristas por distinguir la ciencia política de la filosofía política —Easton, 1953 y 1965, puede aducirse como ejemplo paradigmático de esta tendencia—, las investigaciones referentes a la naturaleza de los estudios políticos se apoyan en el positivismo lógico, y más recientemente en el empirismo lógico, como fuentes de autoridad que legitiman el carácter «científico» de tales esfuerzos. Ahora bien, la crisis del empirismo lógico como filosofía dominante de la ciencia y el desarrollo de nuevas alternativas, aún no consolidadas, que presentan autores tales como Toulmin (1972), Kuhn (1962), Hanson (1958) o Feyerabend (1974), por citar algunos de los representantes más conspicuos de la moderna filosofía analítica de la ciencia, conduce inexorablemente a replantearse la relación entre ciencia política y filosofía de la ciencia. Lo que se cuestiona ahora, precisamente, es la aceptación de las reconstrucciones filo-

sóficas del empirismo lógico como una representación adecuada de la ciencia política, y se abre así un nuevo período para la búsqueda de un paradigma teórico y metodológico para la investigación política. En la actual revisión crítica cobran importancia fundamental los siguientes temas: criterios de una explicación adecuada, el significado de los conceptos —tema éste que, según Sartori, es de los de más urgente solución para el logro de una adecuada metodología en la ciencia política (Sartori, 1970)—, carácter de la teoría y su relación con la observación y apoyo factual, estándares de objetividad y la relación, siempre precaria, entre hechos y valores (Gunnell, 1975).

El Empirismo Lógico y la Ciencia Política

No resulta difícil demostrar que la filosofía de la ciencia en la que han buscado sus fuentes de autoridad los científicos políticos behavioristas, es la del positivismo y empiricismo lógico. Así, Laswell y Kaplan, en un influyente texto publicado en 1950, «Power and Society», se proponen suministrar «un marco de referencia para la ciencia política», y para ello se basan en los desarrollos de la pujante filosofía empiricista de la ciencia, esto es, en el «positivismo lógico, operacionalismo e instrumentalismo». Arnold Brecht, en su «Political Theory» (1959), al presentar lo que considera «el método científico», se limita a recapitular el método hipotético-deductivo y otras reconstrucciones del empirismo-lógico. Vernon van Dyke, en su «Political Science: A Philosophical Analysis» (1963), igualmente ofrece un resumen de las ideas de la filosofía positiva de la ciencia, con poca o ninguna aplicabilidad a la ciencia política. El influyente David Easton, en «Varieties of Political Theory» (1966), afirma su creencia de que «en el método descansa la unidad básica de la ciencia» y señala que «esta conclusión ha sido aceptada desde hace mucho tiempo por la filosofía de la ciencia» (positivista, naturalmente). Easton considera además que «la revolución behaviorista» es un proceso bajo el cual «la ciencia política ha caído bajo la influencia total del método científico» (Easton, 1966, 4).

Esta creencia, tal como sugiere Gunnell (1975, 22), significa que las reconstrucciones de la filosofía de la ciencia, aunque de hecho estén muy poco relacionadas con las ciencias sociales, representan una fuente válida de información y unos estándares adecuados para cualquier tipo de ciencia, social o natural. Para los científicos políticos anteriormente citados y para aquellos otros que siguen una línea de pensamiento análoga, el método científico y la unidad de la ciencia significan alguna forma del método hipotético-deductivo. Así, Herber Simon considera los fenómenos políticos explicados «si podemos formular una serie relativamente simple de reglas invariantes o leyes que nos permitan predecir la conducta política... en el tiempo t en base a la información reunida previamente al tiempo t » (Simon, 1966, 16).

En el intento de los científicos políticos positivistas por ofrecer «explicaciones científicas» de la conducta política, destacan los esfuerzos de los que como Simon construyen modelos formales teóricos. Se considera que tales modelos son la mejor receta contra el «empirismo bruto», de ahí que Easton, enfáticamente, considera que la revolución behaviorista en la ciencia política es en realidad una «revolución teórica» (Easton, 1966, 16), por la importancia que cobra en ella la teoría política. Pero ese énfasis aparente en la prioridad de la teoría es equivocado, toda vez que «en la concepción del empirismo que domina la ciencia política los hechos son cognoscitivamente previos a la teoría» (Gunnell, 1975, 24). Desde la perspectiva behaviorista, las teorías no se juzgan por su concepción verdadera o falsa del mundo —esto sería retrotraerse a la evitada filosofía política—, sino por su valor heurístico y su utilidad para la observación sistemática. Las teorías son, pues, para la ciencia política positivista, meros instrumentos para iluminar un dato dado, evitando todo sentido como «weltanschauungen» que puedan competir entre sí en su sentido fundamental.

Una consecuencia importante de esta consideración de los fenómenos políticos empíricos como no problemáticos, dado que su existencia y su inteligibilidad no se cuestionan, es el marcado sesgo conservador de muchos de los estudios que adoptan tal postura, al utilizar la teoría como mero instrumento de selección y organización de tales fenómenos. Recientemente, Cardoso ha realizado una crítica muy pertinente a dos textos que pueden considerarse como representativos de tales posturas. Se trata del célebre «Who Governs?», de Dahl (1961), y el no menos célebre «The Civic Culture», de Almond y Verba (1963). Estos autores, según Cardoso, asumen como propios los valores de una forma de cultura política determinada —la democracia americana— y los consideran como normas de validez universal. De este modo desarrollan una ciencia política que descarta el análisis del Poder y de la violencia, y lo sustituyen por el análisis de la «autoridad», de la «influencia», y de la «decisión» (Cardoso, 1971, 22-42). Al no hacerse cuestión de los pretendidos «valores democráticos» de la vida política norteamericana, Dahl, Almond y Verba, y otros muchos científicos políticos que siguen parecida orientación —para una bibliografía relativamente reciente puede consultarse Karl Deutsch y L. Rieselbach, «Recent Trends in Political Theory» (1965), y Karl Deutsch, «Recent Trends in Research Methods in Political Science» (1966)—, renuncian al papel de la teoría para suministrar una concepción verdaderamente nueva de la realidad política (Gunnell, *op. cit.*, 26), al igual que renuncian a la aspiración de rigor global (Cardoso, *op. cit.*, 43).

Pero la moderna filosofía de la ciencia ha desafiado, creo que con fundamento, esta concepción «positivista» de la ciencia, y ha cuestionado igualmente como legítima tarea de la ciencia la búsqueda de un estándar universal para la explicación científica. La racionalidad científica no puede igualarse con la adopción de un estándar independiente, supracontextual, de lógica

científica que descansa más allá de los límites de la crítica, tal como sugiere el empirismo lógico. La racionalidad no se logra estableciendo una lógica dada, la del empirismo lógico, para el logro de la explicación.

Ahora bien, esta renuncia a aceptar los estrictos criterios del empirismo lógico en su totalidad, no significa renunciar al carácter empírico de las ciencias sociales, sino más bien significa la pretensión de ampliar el campo de lo que se considera ciencia, a la vez que se rechaza el fiscalismo como el modelo a seguir por el resto de las ciencias. Tal como ha señalado recientemente el filósofo Jesús Mosterín, las teorías, al igual que las doctrinas, son sistemas colectivos de creencias que se diferencian únicamente porque las primeras están sometidas a una constante revisión conforme al método racional, mientras que las segundas están sometidas a un esfuerzo constante de conservación (Mosterín, 1974, 474-5). Es decir, una doctrina está formada por un conjunto de dogmas, mientras que una teoría la componen un conjunto de hipótesis cuya validez sólo puede contrastarse a través de la prueba empírica, dentro del marco teórico-normativo correspondiente. Por eso, la única validación de las hipótesis no puede ser, como pretende el empirismo lógico, la que se realice a través de rígidos procedimientos deductivos siguiendo modelos causales. El condicionamiento contextual e histórico de los fenómenos políticos no los hace precisamente adecuados para que su explicación y previsión se hagan siguiendo modelos deductivos inspirados en las ciencias naturales.

En un futuro inmediato, la línea de trabajo, tanto teórica como metodológica, reclama una mayor autonomía entre la ciencia política y la filosofía positiva de la ciencia, y al mismo tiempo una mayor colaboración con la historia y con la filosofía de las ciencias sociales. De esta manera, y a través de lo que Toulmin llama la lógica del trabajo, la ciencia política, al igual que las demás ciencias sociales, podrá desarrollar su propia visión de lo que es el trabajo científico. El mayor desafío teórico y metodológico que tiene planteada la ciencia política es, a mi juicio, el de lograr restaurar el papel normativo en sus formulaciones teóricas, sin caer en un relativismo y un antiempirismo que pusiese en precario su pretendido carácter racional y científico. La teoría política no puede ser tan sólo una herramienta para explicar, sino también una herramienta para el cambio social y político, aceptado lo cual obliga a replantearse el propio status cognoscitivo de la teoría política.

No hay que olvidar, sin embargo, que hasta el momento presente, la crítica más penetrante y constructiva realizada al positivismo se ha producido desde los propios cuarteles de los filósofos de la ciencia vinculados de algún modo al propio empirismo lógico (Rudner, 1972; Braybrooke y Rosenberg, 1972). Es decir, que en la simplista división que realiza Adorno del campo de las ciencias sociales entre «positivistas» y «teoría crítica», se trata de representantes que se cualifican como «positivistas». La actual crisis en la filosofía de la ciencia no se ha producido, como ha pretendido recientemente

Eugene F. Miller en su difundido artículo «Positivism, Historicism and Political Inquiry» (1972), como consecuencia de la confrontación entre el positivismo y el historicismo. Los resultados del enfrentamiento entre concepciones tan diferentes de lo que es la teoría social como las sustentadas respectivamente por Adorno y Popper (1973), han sido más bien desalentadores, ya que tales «disputas» parecen más bien diálogos entre sordos que esfuerzos por lograr algún avance en el conocimiento científico. La crítica realizada por filósofos de la ciencia, tales como Kuhn, Toulmin, Feyerabend, etc., se está produciendo sin abandonar las coordenadas del propio empirismo. Ahora bien, las ciencias sociales, y, en particular, la ciencia política, no pueden asistir sin más como meras espectadoras al debate filosófico-científico entablado, inclinándose sin ulteriores evaluaciones críticas por alguna de las alternativas propuestas. Sin embargo, y en los momentos presentes, algo de esto se está ya produciendo. La difusión entre los científicos políticos de la obra de Kuhn, «La Estructura de las Revoluciones Científicas», ha producido ya una amplia literatura dedicada a descubrir y catalogar los paradigmas de la ciencia y de la sociología política (ver, como ejemplo, J. Stephens, «The Kuhnian Paradigm and Political Inquiry», 1973, y G. Ritzer, «Sociology. A multiple paradigm science», 1975). Pero tal tendencia, si se sigue irreflexivamente, puede conducir a nombrar de forma distinta las etiquetas de siempre, sin innovar nada que merezca la pena tanto teórica como metodológicamente. Así, Effrat, en su introducción editorial al libro colectivo «Perspectives in Political Sociology» (1973), construye una tipología de paradigmas en la sociología política que comprende hasta ocho grandes categorías, que van desde el marxismo a la etnometodología y fenomenología, pasando por los teóricos del intercambio y del utilitarismo, escuela de la cultura y de la personalidad, freudianos, colectivistas sociales, interaccionistas simbólicos, parsonianos y weberianos.

Lo que no queda claro al realizar tipologías paradigmáticas como la anteriormente citada es el criterio básico que ha guiado tal clasificación, quedando oscuro si la relevancia se ha buscado en las realizaciones empíricas más destacadas de cada pretendido paradigma o, por el contrario, respondiendo a estereotipos que nada tienen que ver con la lógica de trabajo de la ciencia política. Hace ya quince años, Paul Lazarsfeld, en una comunicación presentada en un congreso internacional de filosofía de la ciencia, puso de manifiesto el escaso conocimiento que los filósofos preocupados por las ciencias sociales exhiben acerca de la investigación social empírica contemporánea, en contraste con el detallado conocimiento que ofrecen del trabajo realizado en el campo de las ciencias naturales (Lazarsfeld, 1972, e. o. 1962). Así se explica, pues, que a la hora de exponer cómo se construye una teoría o se elabora un concepto, los textos metodológicos en ciencias sociales utilicen reiteradamente ejemplos más cercanos al campo de las ciencias naturales que al de las ciencias sociales. Pero una lectura atenta de Kuhn, Feyerabend y otros

filósofos analíticos de la ciencia, nos muestra precisamente que a lo que nos invitan estos autores es a la realización de un análisis intrínseco de las realizaciones en cada una de las ciencias, para descubrir así los modos y formas en que el conocimiento científico se produce en ellas.

Esta es, pues, la tarea que considero de mayor interés para la metodología de la ciencia y de la sociología política. A través del estudio de las investigaciones teóricas y empíricas más relevantes en el propio campo de la indagación política, y sin tener que recurrir de forma tan reiterativa a los ejemplos de corte fiscalista, hay que establecer de manera crítica los patrones de trabajo teórico, metodológico y técnico con los que se han obtenido mejores resultados, es decir, se ha logrado un mayor conocimiento acerca del funcionamiento de los fenómenos sociales y políticos. Esta labor crítica de la teoría y de la investigación como una de las funciones principales, sino la más importante, de la metodología, ya fue señalada por Merton hace un cuarto de siglo en «Social Theory and Social Structure» (1949). Ahora, y más que nunca en la historia de la investigación política, se hace necesaria la realización de una crítica sintética desde los propios intersticios de la disciplina.

Tal como ha señalado recientemente Hayward Alker (1975), la ciencia política, en la década de los 70, se encuentra asimismo desconcertada ante la riqueza estadística. Cuando se han realizado grandes progresos en la obtención y cuantificación de los datos referentes a los procesos políticos, cuando la disponibilidad de procedimientos estadísticos potencialmente aplicables al análisis político es más grande que nunca, el desconcierto surge desde diferentes niveles. Incertidumbres entre los poderes públicos sobre el tipo de apoyo que se ha de conceder a la investigación política; resistencia por parte de muchos estudiantes graduados de ciencia y sociología política a superar los cursos metodológicos y de técnicas de investigación que se ofrecen actualmente en los departamentos universitarios más destacados, y un apogeo de la *methodenstreit* en la que participan behavioristas, postbehavioristas y anti-behavioristas.

No tanto con el fin de mediar o tomar partido en tales debates o controversias, sino en un intento de establecer una guía de discusión más clara, puede resultar del mayor interés el estudio de las líneas y técnicas de investigación más comúnmente seguidas en las investigaciones acerca de fenómenos políticos. Es ésta una tarea necesaria si se pretende descubrir el o los paradigmas que realmente funcionan como modelos de investigación y orientación de problemas para la comunidad de científicos y sociólogos políticos.

Líneas y Técnicas de Investigación en la Sociología Política

Si se pudiera medir la madurez de una actividad científica social por el uso que se hace de datos estadísticos, es indudable que la sociología política

ha recorrido en este sentido un largo camino en los últimos años. La polimetría o estudio de los datos político-estadísticos cuenta ya con una notable bibliografía, como se comprueba en el reciente trabajo de Hayward Alker «Polimetrics: its descriptive foundations» (1975). En los diez años que median desde la publicación realizada por el propio Alker de «Mathematics and Politics» (1965), en el que aparte de destacar el noble linaje de la ciencia política por lo que al uso de las matemáticas se refiere —Platón y Aristóteles hicieron ya diversos usos de las matemáticas en sus escritos de filosofía política—, no contiene otra cosa que aplicaciones de los modelos estadísticos estándares en las ciencias sociales a estudios concretos de fenómenos políticos, hasta la recopilación preparada por Alker en el artículo sobre Polimetrics, se han producido notables cambios en lo que respecta a la disponibilidad y uso analítico de los datos político-estadísticos. Los archivos de datos científico-sociales, una buena parte de los cuales son datos obtenidos en base a encuestas sobre actitudes y opiniones políticas, se han convertido en un instrumento de trabajo habitual para un determinado grupo de sociólogos políticos. De esta forma se ha alcanzado una nueva etapa en el desarrollo de la tecnología del computador aplicada a la investigación social empírica. El análisis secundario de los datos archivados ha sido amplia y generalmente aceptado por los sociólogos políticos de los países industrializados y ha abierto nuevas perspectivas al análisis comparativo (Hyman, 1972).

El desarrollo de la nueva tecnología, empero, se está produciendo no sin dificultades. En primer lugar, hay que señalar la limitada ubicación geográfica de tales archivos de datos. En la lista preparada recientemente por Jerome M. Clubb en «Sources for Political Inquiry: Quantitative Data» (1975), en la que aparecen los archivos de datos sociológicos más utilizados en el mundo occidental, de los 39 que componen dicha lista, sólo cinco archivos se encuentran en Europa, dos en Canadá y los 32 archivos restantes, que equivalen al 82 por 100 del total, son propiedad de universidades o departamentos oficiales americanos. Ello parece indicar que las facilidades de investigación que permiten los nuevos adelantos tecnológicos quedan reducidos en su uso a un grupo, más o menos numeroso, de científicos y sociólogos políticos vinculados al mundo anglosajón. En el resto de los países occidentales, como es el caso español, los sociólogos tienen que conformarse con esperar a ver publicados los resultados de los trabajos que se hacen utilizando los nuevos adelantos tecnológicos, o bien a obtener acceso, siempre precario, a los archivos foráneos. De este modo se han creado ya, de hecho, dos estilos de investigación política, en función del acceso o su falta a los archivos de datos político-estadísticos —esto resulta evidente sobre todo en estudios de política comparada— y al dominio de la tecnología del computador.

El uso de datos de archivos y encuestas y la plétora de datos político-estadísticos, ha propiciado una creciente sofisticación en el uso de los modelos estadísticos empleados en la investigación política. Tales modelos estadísti-

cos pueden clasificarse, según su finalidad y siguiendo la conceptualización realizada para el campo de la estadística por Moeller y Tukey en «Data Analysis, including statistics» (1968), y por Raiffa en «Decision Analysis: Introductory lectures on Choices under uncertainty» (1968), en estadístico-normativos, estadístico-inferenciales y estadístico-descriptivos.

La estadística normativa se utiliza en aquellos estudios dirigidos a la evaluación de acciones, decisiones políticas o sistemas, y su campo de aplicación se encuentra en la filosofía y ética políticas, y en los temas a los que se puede aplicar el análisis de coste-beneficio como, por ejemplo, el trabajo de William Gorham, «Some uses of quantitative analysis to improve the allocation of public funds» (1970). Toda la línea de trabajo en economía política que representan los hacendistas Buchanan y Tullock (1962), y Buchanan (1973) o Musgrave (1959), utiliza modelos estadísticos de corte normativista. Cuando el modelo estadístico normativo tiene carácter probabilístico, entonces cabe seguir una perspectiva bayesiana —como ejemplo el trabajo de Raiffa sobre análisis decisional (1968)—, o no bayesiana. Este último caso podría venir ejemplificado por Compbell en «Reforms as experiments» (1973).

Por lo que se refiere a la estadística inferencial, los modelos más comúnmente empleados por los sociólogos políticos durante la década de los 50 y de los 60, eran de los tipos que se podían encontrar en los libros de texto estándar sobre «estadística social», como el de Blalock (1960). En la década de los 70, los modelos inferenciales disponibles y utilizados por los sociólogos políticos se han ampliado con los modelos estructurales —por ejemplo, Goldberger, «Structural equation methods in the social sciences» (1972)— y modelos causales como los desarrollados por Blalock en «Causal models in the social sciences» (1971).

En la última década se han producido variados intentos, sobre todo en la ciencia y sociología políticas norteamericana, por desarrollar modelos causales experimentales y cuasiexperimentales, siguiendo desarrollos similares producidos en el campo de la biometría, econometría y psicometría (Duncan, 1966; Alker, 1966). No se puede decir, sin embargo, que el éxito haya acompañado a tales esfuerzos, toda vez que al no haberse producido apenas avances en los problemas de conceptualización y medición de fenómenos políticos, los supuestos bajo los que hay que operar tales modelos causales hacen que éstos tengan que alejarse excesivamente de las coordenadas reales en los que se desenvuelven los temas políticos de los que pretenden ocuparse.

Por lo que se refiere a la estadística descriptiva, al ser sus objetivos más modestos, los resultados obtenidos pueden considerarse más justificados. El análisis descriptivo-estadístico de los fenómenos políticos tiene como finalidad la descripción, resumen e interpretación de una serie de características de una población dada. En los últimos años, el análisis factorial se ha convertido en una de las herramientas descriptivas más utilizadas por

los sociólogos políticos y, de una manera general, por los científicos sociales (García Ferrando, 1976a). Su importancia ha alcanzado niveles tales que en un texto relativamente reciente, «A Methodological Primer for Political Scientists» (1969), sus autores, Golembiowski, Welsh y Crotty, sostienen la tesis de que el mejor modo de superar la plétora de modelos competitivos entre sí que existen actualmente en la indagación política, es la utilización más amplia de la técnica del análisis factorial a todo tipo de problemas de investigación política, desde los estudios del poder y grupos de presión a los estudios de política comparada.

Ahora bien, defender una técnica particular situándola por encima de otras parece un tanto absurdo. Al igual que ocurre con los marxistas quienes, tal como señala Bobbio, tienen una tendencia irresistible a ser solamente marxistas, olvidando o, todo lo más, tratando con condescendencia fugaz la cultura no marxista, esto es, burguesa, ocurre también algo parecido con ciertos metodólogos que descubren en un método o técnica determinados la panacea que les va a permitir estudiar de la mejor forma posible cualquier fenómeno sociopolítico. Pero una técnica estadística será más o menos apropiada según el rigor lógico-empírico con que satisfaga los estándares metodológicos establecidos y, sobre todo, según su capacidad para contribuir al incremento del conocimiento científico. Y a la vista de los resultados actuales considero cuanto menos aventurado sostener que el análisis factorial o cualquier otra técnica guardan la clave del buen quehacer científico.

Por lo que se refiere a la utilización de modelos formales de naturaleza matemática al estudio de los fenómenos políticos, la situación actual es semejante a la descrita anteriormente sobre el uso de modelos estadísticos complejos. Existe en la actualidad una extensa literatura acerca de la aplicación de modelos analíticos formales a la investigación teórica y empírica en la esfera política. A partir de la idea de que buena parte de las cuestiones de filosofía política gira alrededor de la relación entre la voluntad colectiva y la individual, y de los intereses conflictivos que enfrentan al individuo y al grupo, se ha aplicado la teoría de los juegos y de la conducta estratégica al estudio de varios fenómenos políticos. Los ejemplos empíricos que se incluyen en textos recientes como el de Riker y Ordeshook, «An Introduction to Positive Political Theory» (1973), giran alrededor de la economía política y de la interacción entre agentes políticos, sean éstos individuos, grupos o naciones.

El aparato matemático con que se desarrollan los ejemplos empíricos en tales textos suele ser impresionante en una primera lectura. Pero una lectura más atenta de tales trabajos, en la que nos detengamos en los resultados concretos obtenidos, puede resultar un tanto decepcionante. Pese a que los títulos de estos trabajos suelen ser bastante ambiciosos —por ejemplo, Riker y Zavoina, «Rational Behavior in Politics: evidence from a three

person game» (1970); Robert Wilson, «Stable Coalition Proposals in Majority rule voting» (1971); Marin Shubik, «Voting, or a Price System in Competitive Market Structure» (1970)—, lo cierto es que su alejamiento de la realidad social de la que pretenden ocuparse es muy grande, y el peligro de trivialidad es tan evidente que no se puede por menos de recordar las acusaciones que formulara hace ya veinte años Wright Mills a los empiristas abstractos por su falta de imaginación e irrelevancia sustantiva (Mills, 1961). Como ya he dicho en un trabajo reciente, en el que me he ocupado críticamente de la situación actual de la sociología matemática, de poca o ninguna utilidad pueden ser para el sociólogo los modelos matemáticos que con creciente grado de sofisticación van apareciendo en los textos y revistas especializados, en tanto no se resuelvan determinados problemas de relevancia teórica, conceptualización y medición de los fenómenos sociales (García Ferrando, 1976b).

Y es que la relevancia de cualquier modelo de investigación que se proponga, no sólo ha de cumplir unos estándares mínimos de rigor lógico-empírico, sino que también ha de mostrar su capacidad para explicar y en cierto modo predecir la ocurrencia de fenómenos políticos. En un reciente trabajo titulado «Liberation by Golpe. Retrospective Thoughts on the Demise of Authoritarian Rule in Portugal» (1975), Schmitter destaca que ningún observador de la situación política portuguesa, desde perspectivas científicas o periodísticas, predijo la caída de Caetano y mucho menos el colapso rápido y completo del régimen autoritario. Más bien al contrario, el pequeño *boom* de estudios que, sobre todo, científicos y sociólogos americanos realizaron sobre Portugal en 1972-73, destacaban el carácter dinámico y reformista del régimen de Caetano. Sin entrar en mayor detalle, creo que algo similar se puede predicar de la situación política española actual. Y para ambos casos no resulta difícil predecir que en los próximos años aparecerán elaborados y sofisticados estudios políticos que «demostrarán» que los factores estructurales objetivos existentes en la Península Ibérica «requerían» el colapso de ambos regímenes autoritarios.

Con todo, no creo que ese velado pesimismo en el método científico para la comprensión de los fenómenos políticos que reflejan las palabras de Schmitter y de otros científicos y sociólogos de corte «humanista», justifique por sí mismo la renuncia a emplear las herramientas técnicas y los recursos metodológicos que existen actualmente y que se encuentran a disposición de la investigación política. De hecho, las diferentes líneas de investigación que integran el *corpus* principal de la sociología política, han ido perfeccionando una serie de técnicas de investigación que si bien no han producido resultados espectaculares comparables a los obtenidos en las ciencias naturales, no pueden ser tampoco dejados de lado. Así, y tal como han señalado Bendix y Lipset (1967), los estudios sobre conducta electoral utilizan recurrentemente las técnicas de encuesta; el análisis de la concentra-

ción del poder económico y político recurre a la evidencia documental y en los últimos años a los modelos matemáticos; los estudios sobre ideologías de los movimientos políticos y de los grupos de interés utilizan el análisis de contenido y de documentos; el estudio de los partidos políticos, de las asociaciones voluntarias y de los correlatos de la conducta política suelen recurrir a la evidencia documental, a los «tests» psicológicos, a las técnicas de encuesta, etc.; y en el estudio de la burocracia se suelen emplear igualmente el análisis de documentos, las encuestas, etc. Pero con ser variados los métodos y técnicas que se utilizan en la indagación política, la investigación por encuesta destaca sobre el resto, habiéndose creado un auténtico estilo de investigación empírica en la sociología política basado en la encuesta. Su importancia justifica que le dediquemos unas breves consideraciones antes de finalizar este trabajo.

La encuesta social y la investigación en sociología política

Actualmente no resulta difícil suscribir la afirmación de McClosky cuando señala que «en las últimas décadas el método de encuesta se ha convertido en el procedimiento más importante en el estudio behaviorista de la política» (1967, 61). La aceptación generalizada de la técnica de encuesta como una importante fuente de datos políticos no significa, sin embargo, que haya suplantado al análisis de documentos ni al análisis de datos agregados como las principales fuentes de datos políticos. Más bien, lo que ha permitido es una multiplicación de tales fuentes de datos, y el reconocimiento de que la información acerca de opiniones y actitudes políticas representa una línea fundamental de indagación en la actual sociología política, que permite responder mejor que con otros métodos a *determinadas* cuestiones.

Siguiendo a Boy y Hyman (1975), se pueden señalar los siguientes tipos de conductas y creencias que pueden estudiarse adecuadamente a través de la encuesta. En primer lugar, y en relación al movimiento de la encuesta social, se encuentra el estudio de atributos demográficos. Así, el ya clásico estudio de Blau y Duncan «The American Occupational Structure» (1967) se ha convertido en un modelo de investigación para aquellos sociólogos que en la mayoría de los países industrializados se han ocupado de estudiar la relación entre la movilidad social y los valores políticos.

Una segunda categoría de datos sociales y políticos que pueden estudiarse eficientemente a través de encuestas son las actitudes, creencias y conductas de tipo político. Este es, sin duda, el capítulo temático más importante sobre el que giran un gran número de encuestas. Cualquier libro especializado de sociología o ciencias políticas incluye amplias bibliografías que recogen los trabajos más significativos, por lo que me abstengo de reproducirla aquí. Las nuevas condiciones políticas que concurren en la recién estrenada democracia

de la sociedad española han de propiciar ciertamente los estudios que en base a encuestas se realicen sobre actitudes, creencias y conductas políticas, siempre girando alrededor de las elecciones que es de esperar se sigan produciendo en la sociedad española con la frecuencia habitual en los sistemas democráticos.

Aunque no creo necesario incluir en este trabajo una bibliografía sobre tal tipo de estudios, por encontrarse sistematizada en cualquier buen manual de sociología política (p. e., Murillo, 1972; Duverger, 1972; Dowse y Hughes, 1975), sí puede resultar pertinente el que me refiera a una de las encuestas de mayor envergadura jamás realizadas. Se trata del proyecto de investigación sobre el «Uso del tiempo» que ha dirigido Alexander Szalai por encargo de la UNESCO, y que incluye una muestra de 30.000 entrevistas en 12 países de la Europa occidental y oriental, América del Sur y Estados Unidos. Los investigadores se ocuparon de comparar el uso del tiempo en un día de actividad normal entre los entrevistados. Resulta interesante destacar que los resultados de esta encuesta ofrecen un apoyo empírico al argumento de Dahl (1961) de que el ciudadano americano no es un animal político, ya que la media de tiempo dedicada a las actividades políticas asciende tan sólo a doce segundos diarios (Szalai, 1972, 557) *.

Quizá sea conveniente referirse aquí a los cambios que se están produciendo en los últimos años en el mundo de las encuestas, cambios que están afectando tanto al análisis de datos sociopolíticos como sociológico-generales. El país pionero en tales cambios está siendo, cómo no, los Estados Unidos, siendo seguido a distancia por los países europeos, en donde, faltos de tantos medios materiales e institucionales, tienen que tratar de adaptar a su propia realidad nacional las innovaciones que introduce la poderosa comunidad científica americana. Me estoy refiriendo, en concreto, a las llamadas «General Social Surveys» (Encuestas Sociales Generales), a la transformación de los Michigan Election Studies en encuestas políticas de carácter general, y a la creación del «National Longitudinal Surveys of Work Experiences». Se trata, en líneas generales, de encuestas sobre actitudes y conductas cuyo principal propósito es el de suministrar datos para la comunidad científica. Es decir,

* Un indicador indirecto de la importancia que la actividad política tiene en las pautas cotidianas de los españoles podría ser la observación realizada a través de datos de la Jefatura de Tráfico de que en los domingos anteriores a las elecciones del 15 de junio, y en los momentos en que los partidos políticos ofrecían un mayor número de mítines en las grandes ciudades, los atascos de tráfico típicos del fin de semana en las carreteras españolas se siguieron produciendo con toda "normalidad", esto es, la actividad política no afectó significativamente al uso del tiempo realizado por la mayoría de los ciudadanos, mientras que en los domingos en que se transmite por la TV un acontecimiento deportivo importante, habitualmente un partido de fútbol, el tráfico rodado se ve sensiblemente disminuido, afectando por tanto al uso del tiempo que se hace en tales circunstancias. Dicho en otros términos, la actividad dedicada a los espectáculos deportivos parece ser más importante que la actividad política, en el sentido formal, para una gran parte de la población española adulta.

tales encuestas no están dirigidas hacia un objetivo de análisis concreto, sino más bien como proyectos amplios que son de indicadores sociales, suministran datos a los sociólogos para ser utilizados en sus propias investigaciones. Se trata, pues, de los primeros intentos de trabajo científico-sociológico realizados con el fin de llevar a cabo exclusivamente análisis secundarios.

Una muestra del optimismo que está produciendo en el grupo más empírico de los sociólogos políticos, los últimos desarrollos de las encuestas generales longitudinales, es el reciente comentario de Kark Deutsch (1978), quien, al recordar que Platón llamó a los filósofos los médicos de la sociedad, sugiere que la investigación por encuestas puede hacer que el trabajo del científico social sea menos parecido al de un veterinario cuyos pacientes son mudos, y más similar al de un médico cuyos pacientes pueden hablar.

La controversia suscitada en torno a la relevancia teórica y metodológica de los estudios de actitudes y conductas sociopolíticas a través de encuestas ha girado alrededor de estos tres puntos principales: 1) la fiabilidad de la medición de las actitudes a la luz de la sensibilidad de las respuestas a ligeros cambios en las palabras que componen las preguntas; 2) el grado en que la conducta de las personas se conforma a las actitudes expresadas en las entrevistas; y 3) el grado en que las respuestas a variados ítems mide realmente actitudes políticas, cuando los entrevistados tienden a responder a tales preguntas casi al azar a lo largo del tiempo (éste es el argumento de la «no actitud») (Boy y Hyman, 1975, 289).

Por lo que se refiere al impacto que en las respuestas tiene el tipo de palabras empleadas y la forma de construir las frases, se puede decir que no existen reglas fijas que permitan controlar los sesgos que obviamente se introducen al emplear un tipo u otro de lenguaje. Recientemente, Schuman y Duncan, en «Questions about attitude survey questions» (1974), y a partir de una idea formulada por Stouffer, sugieren que siempre que sea posible hay que medir un concepto a través de tantos indicadores como sea posible, y analizar separadamente las relaciones de estos indicadores múltiples con otras variables.

La controversia acerca del nexo entre actitudes y conducta ha sido reformulada recientemente por Liska (1974) en una forma más compleja. Este autor sugiere la siguiente pregunta, que ha de ser formulada para plantear adecuadamente el problema: ¿qué condiciones afectan a la correspondencia entre creencias y conducta? Planteada de esta forma, surge entonces el problema teórico de por qué divergen en la realidad con tanta frecuencia nuestras actitudes de nuestras acciones. Pero, tal como señala Liska, no se puede imputar a las encuestas el hecho de que nuestra conducta contradiga con tanta frecuencia a nuestras creencias. Esto es simplemente una consecuencia de que nuestras acciones están siendo en mayor medida influidas por nuestras percepciones de las actitudes de «otros significativos», que por nuestras pro-

pías actitudes. El concepto de privación relativa es central, pues, para comprender este tipo de disonancia.

Por último, y por lo que se refiere al problema de la «no actitud», Converse ha señalado en su interesante estudio «The Nature of Belief Systems in Mass Publics» (1964) que los cambios observados en las ideologías políticas manifestadas por los entrevistados en sucesivas entrevistas a lo largo del tiempo, no reflejan otra cosa que la propia inestabilidad social y política dominante en la mayoría de los países occidentales en los últimos años, inestabilidad que impide la estabilización de las actitudes de los ciudadanos. No se trata, pues, de una falta de actitud o de la incapacidad de las encuestas para detectar las actitudes, como del reflejo, a nivel individual, de una situación de intenso cambio societal.

Creo que a finales de los años 70 resulta difícil negar la importancia que la encuesta social ha adquirido como herramienta básica de trabajo en la sociología política, al igual que para otras ramas de las ciencias sociales. Pero, tal como he señalado anteriormente, la encuesta no puede considerarse, no se considera realmente, como la única técnica de la sociología política. La tendencia actual apunta más bien hacia la utilización conjunta de la encuesta con otras técnicas sociológicas, con el fin de obtener una perspectiva más amplia y profunda de los fenómenos políticos. Así, Linz ha destacado la conveniencia de combinar el análisis ecológico con las encuestas con el fin de facilitar la comparación entre países en los estudios de política comparada («Ecological Analysis and Survey Research», 1969). Recientemente, Jorge Balán et al., han realizado un amplio e interesante uso de las historias vitales en el marco de unas encuestas llevadas a cabo en la ciudad mejicana de Monterrey (Balán et al., 1974), poniendo así de manifiesto la compatibilidad del análisis cualitativo con el análisis cuantitativo.

A la vista de la creciente sofisticación metodológica y tecnológica alcanzada por los estudios sociológicos de los fenómenos políticos, cabe preguntarse por cuál ha sido el avance que en el conocimiento científico de tales fenómenos ha tenido la práctica de dicha sofisticación. Resulta cierto que, dentro de la tradición humanística e historicista, se continúan realizando espléndidos y penetrantes estudios sobre la cosa política, pues, tal como ha señalado hace poco Mac Kenzie (1973), la combinación de una buena visión histórica de conjunto y una alta precisión puede suponer en los momentos actuales una contribución más eficaz a la elaboración de una determinada política, que la que supone el prudente recurso al método científico. Tocqueville no necesitó realizar 30.000 entrevistas como Szalai y sus colaboradores, no necesitó del muestreo estratificado, del análisis multivariable ni del uso del computador, para realizar uno de los más penetrantes estudios jamás realizados sobre política comparada. Pero también es cierto que para aquellos que no hemos sido dotados de capacidades geniales para la investigación sociológica, el prudente recurso al método científico y el cuidadoso uso de las herramientas técnicas

con que cuenta actualmente la sociología política, es posiblemente la única forma de seguir realizando contribuciones, ciertamente modestas la mayoría de las veces, al avance del conocimiento científico. Y de aquí surge el mayor desafío que, en mi opinión, tienen planteadas la sociología y las ciencias políticas.

La creciente complejidad de las sociedades industriales, el espectacular crecimiento del número de nuevas naciones que a partir de la Segunda Guerra Mundial han irrumpido en el tablero de la política internacional, las montañas de datos de todo tipo cuyo análisis desborda incluso al grupo más organizado y burocratizado de científicos sociales, son elementos que, quierase o no, dificultan la tarea de lograr obras maestras como las realizadas por los autores clásicos. Platón y Aristóteles, así como Marx y Tocqueville; vivieron en épocas históricas indudablemente menos complejas que las actuales. Estos autores ni tuvieron ni necesitaron los archivos de datos sociales ni los ordenadores, que son en la actualidad de uso corriente en la sociología política. Pero en la actualidad resulta difícil imaginar que se pueda realizar una obra seria, desde el punto de vista científico, sin un adecuado dominio de los métodos y técnicas de trabajo disponibles. Teoría, método y técnica se encuentran, pues, unidos sin fisuras y el avance del conocimiento científico de los fenómenos políticos sólo podrá realizarse a través del desarrollo simultáneo y armónico de estos tres elementos.

Ahora bien, esta armoniosa unión entre teoría y métodos y técnicas se tiene que producir, según un número creciente de autores, dentro del correspondiente marco normativo y valorativo en el que adquiere su significado más profundo el comportamiento humano. No deja de ser sintomático que, recientemente, Karl Deutsch, al estudiar los principales cambios acaecidos en la ciencia política en el período 1952-1977, en un artículo aparecido en «El Político», junio 1978, destaca, por su importancia, la aparición de un nuevo normativismo crítico, de una política de la conciencia, y el creciente interés por la hermeneútica, ciencia de la interpretación y comprensión de los mensajes (siguiendo la vieja tradición francesa de la explicación de textos, y la iniciada en Alemania por Dilthey y sobre todo por Weber, Schütz y en general la tradición de la *verstehende Soziologie*).

Pero tal vuelta a lo substantivo y a los temas de la filosofía clásica se están produciendo, diría yo que con bastante frecuencia, en el campo de la sociología y ciencias políticas, sin menoscabo de las consideraciones más estrictamente técnicas. Ahí está, como muestra, la controvertida e influyente obra de John Rawls «Una teoría de la justicia» (1971), en donde se replantean los temas perennes de la filosofía política clásica, tratando de desvelar los principios de justicia que existen bajo las concepciones morales y políticas de nuestro tiempo, y todo ello con una elevada sofisticación en su tratamiento técnico.

Por todo ello, entiendo que el avance del conocimiento científico de los fenómenos políticos ha de venir acompañado de un alto sentido de la responsabilidad moral por parte de los sociólogos políticos, responsabilidad que consiste, tal como ha señalado Dahrendorf en «Sociedad y libertad» (1963), en el examen constante de las consecuencias políticas y morales de la actividad científico-política. Creo que sólo en este marco moralista es posible integrar adecuadamente la actividad científica de los sociólogos políticos con sus propios juicios de valor como ciudadanos de cualquier sociedad.

BIBLIOGRAFIA

- ADORNO, T. W., y col., *The Authoritarian Personality*, New York, Harper, 1950.
- *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1973.
- ALKER, Hayward R., *Mathematics & Politics*, New York, Mac Millan, 1965.
- "Causal Inference and political analysis", en Joseph Bernd (ed.), *Mathematical Applications in Political Science*, Dallas, Southern Methodist University Press, 1966, págs. 7-43.
- "Polimetrics: its descriptive foundations", en F. Greenstein y N. Polsby (eds.), vol. 7, 1975, págs. 138-210.
- ALMOND, Gabriel A., "Political Theory and Political Science", in Ithiel de Sola Pool (ed.), *Contemporary Political Science: Toward Empirical Theory*, N. Y., Mac Graw-Hill 1967.
- BALAN, Jorge, y col., "El uso de historias vitales en encuestas y sus análisis mediante computadoras", en J. Balan (ed.), *Las historias de vida en Ciencias Sociales. Teoría y Técnica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, págs. 67-91.
- BENDIX, R., y LIPSET, S. M., "The field of Political Sociology", en Lewis Coser (ed.), *Political Sociology*, New York, Harper & Row, 1967.
- BERELSON, B. P. K. LAZARSEFELD, y MCPHEE, W., *Voting: A Study of Opinion in a Presidential Campaign*, Chicago, University of Chicago Press, 1954.
- BLALOCK, H. M., *Social Statistics*, N. Y., Mac Graw-Hill, 1960.
- *Causal Models in the Social Sciences*, Chicago, Aldine, 1971.
- BOBBIO, Norberto, "Democracia representativa y teoría marxista del Estado", en *Sistema*, núm. 7, 1977, págs. 3-31.
- BOTTOMORE, Tom, *La Sociología Marxista*, Madrid, Alianza Editorial, 1976.
- BOYD, R. W., e HYMAN, H. H., "Survey Research", en F. Greenstein y N. Polsby (eds.), vol. 7, 1975, págs. 265-350.
- BRAYBROOKE, D., y ROSENBERG, A., "Comment, Getting the War news straight: the actual situation in the Philosophy of Science", en *The American Political Science Review*, vol. 66, 1972, págs. 818-826.
- BRECHT, Arnold, *Political Theory*, Princeton, N. Y., Princeton University Press, 1959.
- BUCHANAN, James M., *La Hacienda Pública en un Proceso Democrático*, Madrid, Aguilar (e. o. 1967), 1973.
- y TULLOCK, Gordon, *The Calculus of Consent*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1962.
- CAMPBELL, Donald T., "Reforms as experiments", en J. A. Caporaso y L. L. Roos (eds.), *Quasi-Experimental Approaches: Testing Theory and Evaluating Policy*, Evanston III, Northwestern Univ. Press, 1973.
- CARDOSO, Fernando H., *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*, México, Siglo XXI, 1971.
- CLUBB, Jerome M., "Sources for Political Inquiry: Quantitative Data", en F. I. Greenstein y N. W. Polsby (eds.), vol. 7, 1975, págs. 43-77.
- CONVERSE, Philip E., "The nature of belief system in mass publics", en David Apter (ed.), *Ideology and Discontent*, N. Y., Free Press, 1964.
- DAHL, Robert, A., *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, New Haven. Conn. Yale University Press, 1961.
- DAHRENDORF, Ralf, *Sociedad y Libertad*, Madrid, Tecnos, 1966.
- DEUTSCH, Karl W., "Recent Trends in Research Methods in Political Science", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 367, 1966, págs. 149-178.
- "Major changes in Political Science, 1952-1977", en *Il Politico*, vol. 43, páginas 193-220.
- y RIESELBACH, Lenoy R., "Recent Trends in Political Theory and Political Philosophy", en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 360, 1965, págs. 139-162.

- DONALD MOON, J., "The logic of Political Inquiry: A synthesis of Opposed Perspectives", en F. I. Greenstein y N. W. Polsby (eds.), vol. I, 1975, págs. 131-228.
- DOWSE, R. E., y HUGHES, J. A., *Sociología Política*, Madrid, Alianza, 1975.
- DUNCAN, Otis D., "Path analysis: sociological examples", en *American Journal of Sociology*, vol. 72, 1966, págs. 1-16.
- DURKHEIM, Emile, *Las Reglas del Método Sociológico*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972.
- DUVERGER, Maurice, *Sociología Política*, Barcelona, Ariel (e. o. 1966), 1972.
- EASTON, David, *The Political System*, New York, Knoff, 1953.
- *A Framework for Political Analysis*, Englewood Cliffs, N. Y., Prentice-Hall, 1965.
- "Alternative Strategies in Theoretical Research", en D. Eatson (ed.), 1966.
- *Varieties of Political Theory*, Englewood Cliffs, N. Y., Prentice-Hall, 1966.
- EFFRAT, Andrew, "Power to the paradigms", en A. Effrat (ed.), *Perspectives in Political Sociology*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1973, págs. 3-33.
- FERRANDO BADÍA, Juan, "Métodos en el estudio de la Ciencia Política", en *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 31, 1973, págs. 7-25.
- "Teorías contemporáneas en torno a la Ciencia Política: teorías positivas", en *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 44, 1976, págs. 2163.
- FEYERABEND, Paul K., *Contra el Método*, Barcelona, Ariel (e. o. 1970), 1974.
- FISCHER, Ronald A., *Statistical Methods for Research Workers*, Edinburgh, Oliver & Boyd, 1925.
- FLEMING, D., y BAYLIN, B. (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge, Mass. Harvard Univ. Press, 1969.
- GARCÍA FERRANDO, Manuel, "El Análisis Factorial: su aplicación al estudio de imágenes de mercados agrarios en origen en España", en *Cuadernos Universitarios de P.E.M.A.*, vol. 2, 1976a, págs. 405-420.
- "La Sociología Matemática hoy: usos y abusos", en *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 45, 1976b, págs. 77-90.
- GIDDENS, Anthony, *Política y Sociología en Max Weber*, Madrid, Alianza Editorial, 1976.
- GOLDBERGER, Arthur S., "Structural equation methods in the social sciences", en *Econométrica*, vol. 40, 1972, págs. 979-1001.
- GOLEMBIEWSKI, R. W. Welsh, y CROTTY, W., *A Methodological Primer for Political Scientists*, Chicago, Rand McNally, 1969.
- GORHAM, William, "Some uses of quantitative analysis to improve the allocation of public funds", en J. M. Paelink (ed.), *Programming for Europe's Collective Needs*, N. Y., American Elsevier, 1970.
- GRAWITZ, Madeleine, *Métodos y Técnicas de las Ciencias Sociales*, 2 volúmenes, Barcelona, Ed. Hispano Europea, 1975.
- GREENSTEIN, Fred, y POLSBY, N. W., *Political Science: Scope and Theory*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1975.
- GUNNELL, John G., *Philosophy, Sciences and Political Inquiry*, Morristown, N. Y., General Learning Press, 1975.
- HABERMAS, Jürgen, *Theory and Practice*, Boston, Beacon Press, 1973.
- HANSON, N. R., *Patterns of Discovery*, Cambridge University Press, 1958.
- HYMAN, Herbert H., *Secondary Analysis of Sample Survey*, New York, John Wiley, 1972.
- KUHN, Thomas S., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962.
- LASWELL, Harold D., y KAPLAN, Abraham, *Power and Society*, New Haven, Conn. Yale University Press, 1950.
- LAZARFELD, Paul K., "The Obligations of the 1960 Pollster to the 1984 Historian", en P. K. Lazarsfeld (ed.), *Qualitative Analyses*, Boston, Allyn and Bacon (e. o. 1964), 1972.
- LAZARFELD, P. Berelson, y GAUDET, H., *The People Choice*, N. Y., Duell, Sloan & Pearce, 1944.

- LINZ, Juan J., "Ecological Analysis and Survey Research", en M. Dogan y S. Rokkan (eds.), *Quantitative Ecological Analysis in the Social Sciences*, Mass. M.I.T. Press, 1969, págs. 91-131.
- LIPSET, Seymour M. (eds.), *Politics and the Social Sciences* New York, Oxford University Press, 1969.
- LISKA, Allen F., "Emergent issues in the attitude behaviour consistency controversy", en *American Sociological Review*, vol. 39, 1974, págs. 261-272.
- MAC KENZIE, W. J. M., "La Ciencia Política", en Jean Piaget y cols. (eds.), *Tendencias de la Investigación de las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza Universidad, 1973.
- MARX, Carlos, y ENGELS, Federico, *La Ideología Alemana* (e.o. 1932), Barcelona, Grijalbo, 1972.
- McCLOSKEY, Herbert, "Survey research in political science", en Charles Y. Glock (ed.), *Survey Research in the Social Sciences*, N. Y., Sage, 1967.
- MEYNAUD, J., *Introducción a la Ciencia Política*, Madrid, Tecnos, 1959.
- MILLER, Eugene F., "Positivism, Historicism and Political Inquiry", en *The American Political Science Review*, vol. 66, 1972, págs. 796-817.
- MILLS, C. Wright, *La Imaginación Sociológica*, México, F.C.E., 1961.
- MOSTELLER, F., y TURKEY, J. W., "Data analysis, including statistics", en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1968.
- MOSTERIN, Jesús, "El concepto de Racionalidad", en *Teorema*, vols. III-IV, 1974, págs. 455-479.
- MURILLO FERROL, Francisco, "La crisis del problema Teoría-Práctica en la Ciencia Política", en *Anuario de Filosofía del Derecho*, tomo II, 1954, págs. 101-132.
- *Estudios de Sociología Política* (e.o. 1963), Madrid, Tecnos, 1972.
- MUSGRAVE, R. A., *The Theory of Public Finance*, N. Y., Mac Graw-Hill, 1959.
- PARSONS, Talcott, *The Structure of Social Action*, N. Y., Free Press, 1949.
- *The Social Systems*, N. Y., Free Press, 1951.
- RAIFA, Howard, *Decision Analysis: Introductory Lectures on Choices Under Uncertainty*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1968.
- RAMIRO RICO, Nicolás, "Breves apuntes críticos para un futuro programa moderadamente heterodoxo del 'Derecho Político' y de su muy azorante enseñanza", en *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 37, 1974, págs. 179-188.
- RAULS, John, *A Theory of Justice*, Cambridge, Belknap Press, 1971.
- RIKER, W., y LAVOINA, W., "Rational behavior in politics: evidence from a three persons game", en *American Political Science Review*, vol. 64, 1970, páginas 48-60.
- RIKER, W., y ORDESHOOK, P., *An Introduction to Positive Political Theory*, Englewood Cliffs, N. Y., Prentice-Hall, 1973.
- RITZER, George, *Sociology. A Multiple Paradigm Science*, Boston, Allyn and Bacon, 1975.
- RUDNER, Richard S., "Comment: On evolving standard views in Philosophy of Science", *The American Political Science Review*, vol. 66, 1972, págs. 827-847.
- SÁNCHEZ AGESTA, Luis, *Los campos de Investigación en las Ciencias Políticas*, Madrid, Universidad Autónoma, 1969.
- SARTORI, Giovanni, "From the Sociology of Politics to Political Sociology, en S. M. Lipset (ed.), 1969, págs. 65-100.
- "Concept Misformation in Comparative Politics", en *The American Political Science Review*, vol. LXIV, 1970, págs. 1033-1053.
- SCHMITTER, Philippe C., "Liberation by Golpe. Retrospective Thoughts on the Demise of Authoritarian Rule in Portugal", en *Armed Forces and Society*, vol. 2, 1975, págs. 5-33.
- SCHUMAN, Howard, y DUNCAN, Otis D., "Questions about attitude survey questions", en H. L. Costner (ed.), *Sociological Methodology, 1973-74*, San Francisco, Jossey-Bass, 1974.
- SHUBIK, Martin, "Voting or a price system in a competitive market structure", en *American Political Science Review*, vol. 64, 1970, págs. 179-181.

- SIMON, Herbert A., "Political Research: The decision Making Framework", en David Easton (ed.), 1966.
- SPIRO, Herbert J., "Critique of Behavioralism in Political Science", en Klaus von Beyne (ed.), *Theory and Politics*, The Hague, Martinus Nighoff, 1971, páginas 314-327.
- SPRINZAK, Ehud, "Marx's Historical Conception of Ideology and Science", en *Political & Society*, vol. 5, 1975, págs. 395-416.
- STEPHENS, Jerome, "The Kuhnian Paradigm and Political Inquiry", en *American Journal of Political Science*, vol. 17, 1973.
- SUPPES, Patrick, *A probabilistic Theory of Causality*, Amsterdam, North-Holland, 1975.
- SZALAI, Alexander (ed.), *The use of Time: Dayly Activities of Urban and Suburban Populations in Twelve Countries*, The Hague, Mouton, 1972.
- TOULMIN, Stephen, *Human Understanding*, vol. 1, Princeton, Princeton University Press, 1972.
- VAN DYKE, Vernon, *Political Science. A Philosophical Analysis*, Stanford Calif., Stanford University Press, 1960.
- WEBER, Max, *Ensayos sobre Metodología Sociológica* (e. o. 1922), Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- WILSON, Robert, "Stable coalition proposals in majority rule voting", en *Journal of Economic Theory*, vol. 3, 1971, págs. 254-271.
- ZETTERBERG, Hans, *Teoría y Verificación en Sociología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1968.